

LAS PATAS DE LA LIEBRE

1º - 3º

Había una vez una liebre que vivía en lo más hondo del bosque de los helechos. Era una liebre pequeña, de orejas largas y ojos redondos como dos avellanas. Pero tenía algo que la hacía diferente de todas las demás liebres: sus patas delanteras eran más cortas que las de sus hermanos, y sus patas traseras, más largas.

Cuando corría con sus hermanos por la ladera, ellos iban rápidos y parejos, mientras ella se balanceaba como un barco que no encuentra su ritmo. Cuando saltaban todos juntos el arroyo de las ranas, ella caía siempre un poquito antes, con las patas delanteras hundiéndose en el barro.

—¿Por qué soy así? —preguntó una tarde a su madre.

La madre liebre la miró con sus ojos de avellana y le dijo:

—Cada liebre nace con la medida que necesita. Lo que tú aún no sabes es para qué sirve la tuya. Llega la Pascua, y los huevos necesitan quien los lleve a los niños.

La liebre pequeña no entendió del todo, pero guardó aquellas palabras en algún lugar secreto de su corazón, junto a las semillas de diente de león que coleccionaba en sus paseos.

Un día, el viejo búho del roble blanco anunció que los huevos de Pascua habían llegado. Todos los años, cuando el invierno empezaba a cansarse, los huevos aparecían. Llegaban en una gran cesta de mimbre, y había que llevarlos uno a uno a los nidos que los niños preparaban en sus jardines.

—Este año —dijo el búho—, la liebre que más huevos lleve a los niños recibirá la estrella de musgo, que brilla durante todo el año.

Las liebres del bosque se reunieron en el claro de la luna. Cada una escogió un huevo de la cesta. Había huevos dorados, plateados, rojos como amapolas, amarillos como el sol, verdes como la hierba nueva. Las liebres salieron corriendo hacia los valles donde vivían los niños. Saltaban vallas, cruzaban arroyos, atravesaban praderas.

La liebre pequeña miraba desde un lado, con sus patas delanteras cortas y sus patas traseras largas, sintiendo que no era como las demás.

Cuando llegó su turno, escogió un huevo azul, tan azul como el cielo cuando la nieve empieza a derretirse. Lo sujetó con sus patas delanteras —aquellas que creía demasiado cortas— y echó a correr.

Pero al saltar el primer arroyo, sus patas traseras la impulsaron con tanta fuerza que las delanteras no llegaron a tiempo, y cayó de hocico sobre un montón de hojas secas. El huevo rodó por el suelo y se detuvo junto a una piedra, sin romperse de milagro.

Algunas liebres rieron. No con maldad, pero rieron.

La liebre pequeña se fue al borde del claro y se sentó detrás de un helecho. Allí estuvo mucho rato, mirando sus patas con los ojos llenos de luna, mientras acunaba el huevo azul entre sus patas delanteras.

Entonces sintió algo suave en la oreja.

Era la ardilla vieja, la que vivía en el avellano más antiguo. Nadie sabía cuántos años tenía, pero todos sabían que sus palabras pesaban como las bellotas maduras.

—Ven conmigo —dijo la ardilla—. *Te quiero enseñar algo.*

La liebre tomó el huevo azul con mucho cuidado y siguió a la ardilla. Atravesaron el bosque de los helechos, cruzaron el arroyo de las ranas —ella saltó y volvió a caer en el barro, pero esta vez sostuvo el huevo firme con sus patas delanteras—, y llegaron a un lugar que la liebre nunca había visto. Era una colina empinada, la más empinada de todo el bosque, cubierta de piedras lisas y musgo verde.

—Sube —dijo la ardilla.

—¿Subir? —preguntó la liebre, mirando el huevo que llevaba entre las patas—. *Yo sé saltar, no subir. Y si subo, ¿qué hago con el huevo?*

—Para eso tienes tus patas —dijo la ardilla—. *Las largas para empujar, las cortas para sostener. El huevo estará seguro.*

La liebre comenzó a subir. Con sus patas traseras largas empujaba hacia arriba, y con sus patas delanteras cortas se agarraba a las piedras como dos pequeños anclas, mientras el huevo azul descansaba protegido entre ellas. Y entonces sintió algo que nunca había sentido: sus patas, aquellas patas que la hacían diferente, trabajaban juntas como si siempre hubieran esperado aquel momento. Las largas empujaban, las cortas sostenían. Empujaban, sostenían. Empujaban, sostenían. Y el huevo no se movía, firme como una estrella en el cielo.

Cuando llegó a lo alto, el mundo entero se abrió ante ella. Vio el bosque entero, el río que brillaba como una cinta de plata, las copas de los árboles meciéndose con el viento, y allá abajo, los jardines de las casas donde los niños habían preparado los nidos.

—¿Ves? —dijo la ardilla, que había subido por el tronco de un árbol—. *Tus patas no son para saltar como saltan las otras. Tus patas son para llegar a los lugares donde nadie llega. Y los huevos de Pascua, los más hermosos, son para los niños que viven en los lugares más altos.*

La liebre pequeña miró sus patas. Ya no las vio cortas o largas. Las vio como eran: unas hechas para empujar, otras para sostener. Y en medio, el huevo azul brillaba como un tesoro.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó.

—Ahora baja —dijo la ardilla—. *Pero no como subiste. Ahora baja con el huevo hacia los niños.*

La liebre miró hacia abajo. Desde lo alto de la colina, podía verlo todo. Vio el jardín de la casa más alta, aquella donde vivía una niña que nunca encontraba huevos de Pascua porque los demás niños llegaban siempre antes que ella.

Y entonces entendió.

Bajó de la colina rodando y saltando, con sus patas haciendo lo que mejor sabían hacer: empujar y sostener. El huevo azul no se movía de entre sus patas delanteras, firme como si estuviera pegado a su pecho. Saltó las piedras, cruzó el arroyo —esta vez *no* cayó—, atravesó el bosque de helechos y llegó al jardín de la casa más alta.

Allí, en el nido que la niña había tejido con ramitas y musgo, la liebre pequeña dejó el huevo azul con sus patas delanteras, aquellas que antes creía demasiado cortas y que ahora sabía perfectas para sostener los tesoros más frágiles.

Y entonces sucedió algo maravilloso. El huevo azul brilló con la luz del sol, y por un instante la liebre sintió que dentro llevaba no solo un huevo, sino toda la primavera esperando para nacer.

Cuando regresó al claro, todas las liebres habían vuelto de su recorrido. Algunas habían llevado un huevo, otras dos, otras tres. Pero ninguna había llegado a la casa más alta, porque ninguna podía subir la colina empinada con un huevo entre las patas.

El viejo búho del roble blanco la esperaba con algo en el pico.

Era la estrella de musgo.

—Para ti —dijo el búho—. *No ganaste por llevar más huevos. Ganaste porque llegaste a donde nadie podía llegar, y llevaste el huevo a la niña que nunca encontraba ninguno.*

La liebre tomó la estrella con sus patas delanteras, aquellas que antes creía demasiado cortas, y la sostuvo contra su pecho, junto al lugar donde había llevado el huevo azul. Brillaba con una luz suave, como la luz de la luna cuando se filtra entre los helechos.

Desde aquella noche, la liebre pequeña siguió teniendo las patas delanteras más cortas que las traseras. Pero ya no le importaba. Porque había aprendido que algunas liebres nacen para correr en llano, y otras nacen para subir colinas con un huevo de Pascua entre las patas. Y que el mundo necesita de unas y de otras para que ningún niño se quede sin su huevo el día de Pascua.

Si alguna vez paseas por el bosque de los helechos y ves una liebre que sube por la colina más empinada con algo azul brillando entre sus patas, ya sabes quién es. Y si vives en la casa más alta, quizá este año, cuando despiertes el día de Pascua, encuentres en tu nido un huevo azul como el cielo, y sabrás que ella subió la colina solo para ti.

Traducción de IdeasWaldorf